

blema, ó le ha ajustado una envoltura bajo la cual puede hallarla en caso necesario y examinarla de nuevo. La filosofía misma, penetrada del mas profundo respeto hácia las ideas grandes y saludables; la filosofía á quien se debe la exacta apreciacion de estas ideas; la filosofía aun cuando dócil y creyente, se inclina ante de la obra moral de Dios, del mismo modo que ante la obra material, no está exenta de injustas sospechas: y sin embargo, faltando ella no habria religion en la grande y santa acepcion de esta palabra. Por ella han pasado para llegar hasta Dios los homenajes mas profundos y nacidos del mas íntimo convencimiento: sus errores mismos tan frecuentes á la humanidad en el descubrimiento de todas las verdades, han ayudado á esta misma humanidad que entonces ha elevado su ferviente oracion á Dios para que no se oculte á la fé escudriñadora, y ha estrechado mas y mas los vínculos del amor entre los miembros que la componen. Es cierto que la filosofía no ha dado un nombre particular á Dios; pero Dios es para ellas lo que es la sublime esencia de todas las cosas, y trémula y confundida ante la inmensidad de esta idea, no sabe mas que creer, adorar y alabar al Sér Supremo. Hablar de las cosas de la tierra en vista del bien y del cielo, es hablar del cielo mismo; ¿y quién sabe si el cielo no está destinado para todo el mundo, escepto para los malos?

LXVI. Desgraciado del hombre que no vé nada mas allá de esta vida, que se hace sordo á la voz interior que le revela la existencia de

un Dios creador y remunerador. Mientras que todo en derredor suyo se dispone y se ordena bajo la inspiracion de esta idea protectora á la vez de los dichosos y de los desgraciados, él lucha en vano consigo mismo para mantenerse ageno á ese movimiento que lo arrastra, y no conociendo el verdadero bien ni el verdadero mal, flota á merced del viento estrellándose contra todas las rocas, abandonado á su propio impulso y á su propia desgracia, sin encontrar en sí un consuelo que no piensa pedir y recibir de sus hermanos.

Tener religion es el primero, el mas importante de nuestros deberes, y esto nos manifiesta de un modo bien claro y manifiesto que el deber es una ley de amor, una fuente de toda felicidad.

LXVII. Tener religion no se reduce únicamente á profesar tal ó cual creencia sobre el alma y sobre esta ó la otra vida: consiste además en tener la mas alta idea posible de esta alma, y comprender por consiguiente que la inteligencia no puede proceder sino de otra inteligencia, que esta no puede acabar nunca, ni existe sino bajo la condicion de ejercer una cierta libertad: que el ejercicio de esta libertad induce necesariamente la idea de un bien que preferir, y un mal que rechazar; y en fin, que esta libertad no tendria objeto ni intencion alguna si sus determinaciones hubiesen de producir constantemente el mismo resultado, ora se manifestasen en sentido del bien, ora en sentido del mal. Miremos, pues, en derredor nuestro, y véamos cuántas personas que se tie-

nen por muy religiosas, y que en efecto hacen esfuerzos para ello, ignoran el modo de hacer amar el bien que ellas creen sin embargo practicar. Véamos tambien (porque el mundo nos ofrece ejemplos de toda clase) lo que quieren, lo que pueden, y lo que hacen otras personas que no se toman los cuidados que las primeras, y se atienen á la letra muerta de las prácticas esterioras.

Deciamos en otro libro, hablando de un hombre verdaderamente religioso:

El ha experimentado todas las alegrías y sufrido todos los tormentos porque puede pasar el corazon del hombre, y no se ha dejado embriagar por las unas, ni abatir por las otras. Ha conocido la opulencia y la miseria, y ni la primera lo ha enorgullecido, ni la segunda lo ha humillado. Hijo, hermano, esposo y padre feliz, ha perdido á su padre, á su hermano, á su muger, á sus hijos, y cada vez que se ha desprendido de él uno de estos pedazos de su corazon, el último adios que de ellos recibia le daba nueva esperanza y nueva vida. Ha tenido muchos que se han llamado sus amigos; pocos le han sido fieles despues de verlo abatido, pero él jamas ha acusado á ninguno de ingratitude: ha sentido su pérdida, porque algunos le dejaban cuando él podia serles útil; y respecto de otros aun no habia tenido bastante tiempo para serlo; de todos, en fin, porque los amaba tiernamente. Mezclado en los negocios públicos de su pais en una época en que era peligroso poner en prueba las convicciones, no ha habido que echarle en cara un solo acto de

vacilacion ó de tibieza, una sola muestra de parcialidad en detrimento de sus adversarios; y cuando ya anciano y pobre ha vuelto á entrar en su ingrato pais bajo una condicion simple y oscura, nadie ha manifestado una sola queja, y ha muerto al fin como habia vivido, con la sonrisa en los lábios, la esperanza en el corazon y el alma elevada hácia el cielo. ¿Era acaso la razon sola la que daba tanto valor, tanta sabiduría? No en verdad: este hombre era religioso. La inteligencia humana y su lenta pero incesante marcha progresiva, la humanidad con su grandeza y sus debilidades, eran para él otros tantos misterios que adoraba en la sencillez de su corazon.

LXVIII. Sin religion no puede haber sentimiento alguno de dignidad humana. Nadie duda sin embargo en colocar este deber en el número de los mas santos.

Acúsense estos pensamientos de orgullosos en buena hora: digase que no son otra cosa que un arranque de vanidad: no por eso dejaremos de repetirlos con voz mas fuerte, con acento de conviccion mas profunda. El tiempo de la humanidad estrema ha pasado ya; y todo hombre debe tener hoy dia el mas profundo sentimiento de su propia dignidad. No hay mas que algunos puntos diseminados sobre la superficie del globo donde la opresion sea sistemática y obligue á la religion á arredrar á los unos con la idea de su efimero poder, y á animar y sostener á los otros en una prudente resignacion. Todo se engrandece al rededor de nosotros el mundo de la inteligencia, y todo en el

mundo material concurre á ensanchar este potente poder. Un nuevo órden moral se establece por todas partes sobre las ruinas del antiguo, reconocido hoy día como incompleto: el hombre no es ya lo que era en otro tiempo, ni como miembro de la gran familia humana ni como hijo de su patria: tampoco lo es á sus propios ojos. No es un sér aislado que procura aumentar sus fuerzas materiales por una asociacion con otras fuerzas materiales: es una inteligencia que se comprende al fin y se une á otras inteligencias para encaminarse todas al mismo objeto, que es el de su mayor grandeza, y con ella la felicidad de todas en general y de cada una en particular. Un filósofo, traduciendo la vaga inquietud que produce en algunos, y las inefables esperanzas que inspira á otros esta trasformacion, ha dicho: "Algo que nosotros no sabemos se agita y conmueve en el mundo: en esta obra hay sin duda alguna el trabajo de un Dios."—Este algo es la caridad; no esa virtud que se ejerce particularmente entre los individuos, no ese sentimiento basado en la piedad y en la conmiseracion, sino ese amor que enciende á la humanidad entera, esa pasion que lejos de conocer las debilidades de la compasion, halla sus principales fuerzas en la conciencia de la alta dignidad del hombre, en la conciencia del derecho del hombre á su propio respeto, y en la de los deberes imprescindibles y absolutos que le imponen la necesidad de conservar esa dignidad y de merecer ese respeto.

LXIX. Puede ser que ahora se me comprenda mejor, si volvemos á decir: sin la r

gion no existe el sentimiento de la dignidad, personal, ni del deber, ni las altas cualidades, ni las virtudes: no hay mas que pasiones, y por consiguiente no puede haber libertad en la razon.

Al animal le importa muy poco la dignidad de su raza ó la de su especie, porque no existe sino como individuo aislado. La misma ley que lleva el átamo en alas del viento á fecundizar el vegetal inmóvil, hace buscar al animal, no una sociedad, sino un contacto pasajero. Por otra parte, el animal no puede tener sentimiento de dignidad, no conociendo su origen ni su destino.

¿Cómo podria abrigar el sentimiento del deber moral el hombre que estuviese reducido á las mismas condiciones? para qué, si ignoraba lo que es el bien, procuraria adquirir algunas cualidades morales? cómo tendria este hombre virtudes, es decir, un amor ardiente, y decidido por el bien? El conoceria los deseos immoderados; pero estos deseos no tendrían por objeto sino lo que hay en nosotros de menos noble, la materia: solo los instintos se desenvolverian en él fuertes y poderosos. ¿Qué seria, pues, de su pobre razon si tratara de entrar en lucha con tan terribles enemigos?

LXX. Y téngase esto bien en cuenta: la idea religiosa no se refiere tan solo á las cosas santas, á las cosas de Dios y á la autoridad, sino á todas las cosas que son consecuencia del sentimiento que tiene el alma de su propia conciencia y de su propia dignidad. Por eso cuanto mas instruido es un hombre, es á la vez mas

erigioso; y cuanto mas religioso, mas moral y mas sábio es apreciador de sus derechos y de sus deberes, hasta el punto de no separar nunca los unos de los otros.

LXXI. Es una especie de moda el decir mucho mal del tiempo en que vivimos. No parece sino que nuestros abuelos fueron ángeles de candor y modelos de virtud. Si las injurias que prodigamos á los tiempos presentes pudieran ser conducentes á mejorarlos, entonces se comprenderian, aunque deplorándolas siempre, esas monstruosas falsedades históricas: pero sucede precisamente lo contrario. ¿Quiénes son los que maldicen del presente y lo calumnian? Los mismos autores de los males que se producen, esas gentes para quienes son inútiles las grandes y sublimes lecciones de fraternidad y de respeto á todos los derechos que ofrece nuestra sociedad, la mas verdadera y sinceramente religiosa de todas las sociedades.

LXXII. El hombre es tan poca cosa considerado en sí mismo, que se hace imposible aislarlo de sus semejantes desde el momento en que se estudia su parte mas noble, que es la inteligencia. Hemos dicho mas arriba, á propósito de los deberes del hombre con relacion á su naturaleza física, que completariamos este primer capítulo observando cuáles son los deberes del hombre respecto á su naturaleza moral; y hé aquí que para examinar el nuevo tema, se necesita considerar al hombre en sus relaciones con los demas. ¿No parece desde luego que esta obligacion es la mas elocuente de las pruebas de esa reciprocidad constante

que hemos indicado al comenzar este tratado, puesto que el deber, aun cuando aparece mas personal y mas egoista imponiéndonos nuestra conservacion personal, no tiene sentido ni valor alguno sino por la reciprocidad del bien que existe entre nuestros hermanos y nosotros? Examinemos, pues, al hombre en sus relaciones con los demas hombres, es decir, tratemos de clasificar y de definir los deberes sociales y los deberes públicos.

Séanos permitido detenernos un instante en este lugar, y reconcentrar un instante nuestro pensamiento.

Todo lo que hemos olvidado se presenta en tropel á nuestra memoria. Todo lo que hemos dicho quisiéramos repetirlo de nuevo. Es verdad que seria para dar siempre los mismos consejos, para hacer las mismas advertencias; pero quizá bajo una forma mas palpable, apoyadas en argumentos mas sólidos y que hiriesen con mas fuerza las cuestiones propuestas. Entonces hallariamos quizá un lugar mas á propósito que este para recordar un consejo que han dado siempre todos los sábios, para recordar que el secreto del cumplimiento de todos los deberes estriba en el estudio de sí mismos.

¿De dónde procede, en efecto, que tantas personas profundamente instruidas en moral, llevan sin embargo una vida tan poco conforme con sus saludables preceptos? ¿De dónde procede que tantas personas, muy sensibles al bien que se les induce y dispuestas por otra parte á reconocer la seguridad de las reglas que se les trazan, dejan de hacer este bien y

parece que no tienen nunca presentes esas reglas, cuando se trata de aplicarlas? De que estas personas jamas se han estudiado, jamas se han conocido á sí mismas.

Debemos pensar sèriamente sobre esto. Rara vez nos hacemos duras reconvencciones, ó nos trasportamos fuera de nosotros mismos para examinar con detencion nuestras ideas y nuestros sentimientos, para desarraigar nuestras preocupaciones, para procurar los medios de modificar nuestra opinion y nuestro carácter, á fin de hacernos verdaderamente dignos de servir de ejemplo á esa sociedad, cuyos destinos pretendemos dirigir, desde la altura á que nos eleva nuestra exagerada vanidad.



INSTRUCCION

PARA

EL PUEBLO.

ECONOMIA DOMESTICA.

Y

CONSEJOS ACERCA

DE LA

EDUCACION DE LA PRIMERA INFANCIA.



MEXICO: 1850.

IMPRENTA DE VICENTE GARCIA TORRES,
en el ex-convento del Espíritu Santo.